

La potencia de las ilusiones: la historia de las noticias falsas, de Marc Bloch a Carlo Ginzburg

Diego Galeano¹ y
Emiliano Gastón Sánchez²

PUC- Río de Janeiro / CNPQ-FAPERJ
Universidad Nacional de San Martín / CONICET

En junio de 2026, como una irónica contingencia, tuvo lugar un doble acontecimiento que involucró a dos de los historiadores más destacados del siglo xx. El día 17, a los 87 años, falleció Carlo Ginzburg en la ciudad de Bolonia. Poco después, en una ceremonia emotiva, Marc Bloch ingresaba al Panteón en reconocimiento de su participación en la resistencia antifascista durante la ocupación de Francia en la Segunda Guerra Mundial. En ese contexto había producido el manuscrito de su último libro, publicado póstumamente con el título *Apologie pour l'histoire*, y había perdido la vida, después de ser detenido, torturado y ejecutado por la Gestapo en 1944, a los 57 años de edad.

En cuanto a Ginzburg, no fueron pocos los pasajes de su obra en los que se esmeró por explicitar su deuda intelectual con Marc Bloch. En 2015, invitado a producir un prefacio a la compilación de sus escritos sobre Bloch, Ginzburg escribió: “aprendemos de los vivos y de los muertos; y entre los muertos, Marc Bloch ha sido (junto a Erich Auerbach y Aby Warburg) el estudioso del cual más he aprendido yo”.³ En aquel momento, aclaraba que esta “conversación imaginaria” había durado más de medio siglo y que nunca cesaría de interrogarse acerca de la obra de su predecesor francés, lo que se refleja en una permanente indagación, que duró hasta el final de su vida, alrededor de un hilo que los conectaba muy especialmente: la cuestión de lo falso como objeto historiográfico. Ese punto de costura entre ambas trayectorias llegó a suscitar, en los últimos años, una reflexión sobre la

historia de las noticias falsas, una mirada hacia el pasado desde un acuciante presente marcado por la llamada “posverdad”.⁴

1.

El interés por la historia de las noticias falsas y de los rumores remite, indefectiblemente, a las investigaciones de la primera generación de los estudiosos vinculados a la revista *Annales*.⁵ A finales de 1921, Marc Bloch publicó, en la *Revue de synthèse historique* dirigida por Henri Berr, un artículo sobre las noticias falsas en la Gran Guerra.⁶ Bloch había participado en esa contienda de principio a fin: ingresó al ejército francés como suboficial, luego fue ascendido a *officier de renseignement*, bajo el encargo de recolectar y distribuir información sensible sobre el enemigo para el Estado Mayor. Herido en varias oportunidades e intoxicado con gas venenoso, Bloch finalizó la experiencia bélica con el rango de capitán. Fue para él una vivencia multifacética: conoció de cerca la guerra de movimientos, pero también la ardua vida en las trincheras en la región de Argonne, donde formó parte de los contingentes de soldados que combatieron en la batalla del Somme en 1916 y, al año siguiente, en la batalla de Chemins des

⁴ Fueron varias las intervenciones de Carlo Ginzburg sobre este tema en los últimos años. Véase, por ejemplo: Carlo Ginzburg, “Fake News?”, en *Secularism and its Ambiguities: Four Case Studies*, Budapest, Central European University Press, 2023, y Carlo Ginzburg, “Fake news? An old, new story”, conferencia realizada en enero de 2022 en The House of European History, cuya traducción hemos realizado especialmente para este número de *Prismas*.

⁵ La bibliografía sobre esta tradición historiográfica es abundante, aunque varios libros brindan una mirada de conjunto: Peter Burke, *La revolución historiográfica francesa. La escuela de los Annales: 1929-1989*, Barcelona, Gedisa, 2006; Jacques Revel, *Las construcciones francesas del pasado*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001, y André Burguière, *La Escuela de los Annales: una historia intelectual*, Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2009. Estos autores, en especial Revel y Burguière, han cuestionado la idea de una “escuela de *Annales*”, porque brinda una imagen demasiado coherente y homogénea sobre las diferentes generaciones de historiadores que impulsaron dicha revista. Este cuestionamiento tuvo su origen en los artículos publicados por Burguière y Revel a fines de los años 1970, incluidos en Nora Pagano y Pablo Buchbinder (comps.), *La historiografía francesa contemporánea*, Buenos Aires, Biblos, 1993.

⁶ Marc Bloch, “Réflexions d'un historien sur les fausses nouvelles de la guerre”, *Revue de synthèse historique*, t. xxxiii, París, 1921.

¹ dgaleano@puc-rio.br, ORCID: <http://orcid.org/0000-0003-2450-1945>

² emilianogastonsanchez@gmail.com, ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-1518-5872>

³ Carlo Ginzburg, *Cinco reflexiones sobre Marc Bloch*, Rosario, Prohistoria, 2018, p. 3.

Dames.⁷ Esta experiencia corporal, sumada a su curiosidad y capacidad de observación, se conjugan en el artículo de 1921.

Inicialmente, se trataba de una suerte de reseña crítica de libros y artículos dedicados a la cuestión de las noticias falsas y los rumores que se publicaron en Francia e Inglaterra durante la guerra y en los años posteriores: *Comment naît un cycle de légendes, francs-tireurs et atrocités en Belgique* (1916), de Fernand van Langenhove; el artículo de Charles W. Oman, “Rumours and Legends during Wars from Ancient Times to 1918”, fruto de una conferencia en la Royal Historical Society, publicado en 1918 en la revista de dicha asociación; *Légendes, prophéties et superstitions de la Guerre* (1919), de Albert Dauzat, y los siete volúmenes de *Les Fausses Nouvelles de la Grande Guerre* (1918-1920), de Lucien Graux.

Desde la mirada crítica de Bloch, estas obras sobre la propagación de leyendas, profecías, supersticiones y falsedades durante la contienda compartían un prejuicio acerca de la credulidad de los sectores populares y del potencial que esa masa maleable tendría para que diplomáticos y estrategias militares inclinaran a la “opinión pública” en favor de un objetivo político. De esa manera, aceptaban implícitamente la tesis de la manipulación de las masas que en Francia constituía una significativa tradición intelectual, fortalecida por la irrupción de la *Psicología de las masas* de Gustave Le Bon, una obra que se transformó en un verdadero *best-seller* desde su publicación en 1895.

A pesar de ese aspecto de reseña crítica, en el artículo de Bloch se vislumbran las ideas e hipótesis originales de investigación que serán retomadas años más tarde en su libro *Los reyes taumaturgos* (1924). A partir de una reflexión sobre la “psicología del testimonio”, en esas páginas Bloch conectaba un objeto específico (las *fausses nouvelles*) con un problema más amplio y fundamental para el método de la investigación histórica: cualquier “testimonio normal –escribía– es siempre una ‘mezcla entre lo verdadero y lo falso’”. Pocos párrafos después, afirmaba:

Los relatos falsos han sublevado a las multitudes. Las noticias falsas, en toda la multiplicidad de sus formas –simples chismes, imposturas, leyendas–, han llenado la vida de la humanidad. ¿Cómo surgen? ¿De qué elementos extraen su sustancia? ¿Cómo se propagan, ganando en amplitud a medida que pasan de boca en boca o de escrito en escrito? Ninguna cuestión merece tanto apasionar a quien ama reflexionar sobre la historia.⁸

Este pasaje revela dos dimensiones fundamentales. En primer lugar, la temprana reivindicación de Bloch de lo falso como un tema válido para la investigación histórica, un objeto susceptible de ser analizado como cualquier otro. Y, en segundo lugar, un encuadre de la historia de lo falso que no se vislumbra como una mera denuncia de la ignorancia, sino como una reflexión crítica sobre la fragilidad de los sentidos, de la posición del observador y, por lo tanto, también del punto de vista del historiador.

En una significativa referencia, Bloch mencionaba un “atentado simulado” que en 1902 organizó el criminólogo austriaco Franz von Liszt en la Universidad de Berlín. En esa pantomima, dos alumnos fingieron una discusión en el aula que culminó con uno de ellos apuntando un arma contra el otro. La puesta en escena del profesor llegó tan lejos que incluyó un disparo al aire, mientras Von Liszt aparentaba estar mediando en la situación. Después de que los alumnos beligerantes se retiraran, el profesor pidió a cada estudiante de la clase, por separado, que le contara su propia versión de los hechos que acababan de presenciar. El resultado fue que el testimonio más fiel contenía un cuarto de datos falsos, mientras que algunos llegaban a equivocarse en casi la totalidad de los detalles. Lo que Von Liszt buscaba demostrar a sus alumnos era la falibilidad del testimonio ocular, que en los tribunales de justicia se utilizaba (y todavía hoy se utiliza) para la condena de un acusado.

La alusión a este episodio le permitía a Bloch construir una distinción fundamental entre este tipo de invenciones “de laboratorio” y

⁷ Sobre el itinerario de Bloch entre las dos guerras mundiales, véase Annette Becker, “Préface”, en *Marc Bloch, L'histoire, la guerre, la résistance*, París, Gallimard, 2006. Los años de la Gran Guerra ocupan un lugar importante en la clásica biografía de Carole Fink, *Marc Bloch: una vida para la historia*, Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2004, pp. 63-85.

⁸ Bloch, “Réflexions d'un historien sur les fausses nouvelles de la guerre...”, pp. 15-16. Aquí y en las próximas citas de este texto, la traducción es de los autores a partir del original en francés. Existe una versión en castellano: Marc Bloch, “Reflexiones de un historiador acerca de los bulos surgidos durante la guerra”, en M. Bloch, *Historia e historiadores*, Madrid, Akal, 2008.

lo que consideraba un elemento esencial para comprender las noticias falsas en la historia. Aunque podían nacer de observaciones inexactas o de testimonios imperfectos, como en el experimento de Von Liszt, había algo más que marcaba su emergencia y su persistencia. En ese punto, Bloch brindaba una de las claves del texto:

El error solo se propaga, solo se amplifica y, en definitiva, solo vive bajo una condición: encontrar en la sociedad en la que se difunde un caldo de cultivo favorable. En él, los hombres expresan inconscientemente sus prejuicios, sus odios, sus temores y todas sus emociones intensas. Solo los grandes estados de ánimo colectivos [] tienen el poder de transformar una percepción errónea en una leyenda.⁹

De esta manera, Bloch tomaba alguna distancia de las conclusiones de Von Liszt, no solo porque considera que, cuando se trata del estudio del pasado, ya no es posible reproducir experimentos sociales *in vitro*. Además, plantea que el problema detrás de lo falso no residía en una sumatoria de errores individuales, sino en una dimensión eminentemente social, en aquello que denominaba “caldo de cultivo” favorable a la proliferación de rumores y noticias.

2.

Es evidente que la Gran Guerra, considerada por Bloch como una “experiencia de psicología social de una riqueza inaudita”, no era solo una herida personal para el autor. Se había convertido también en un proceso que le permitió extraer perspectivas y conclusiones para comprender el pasado, en particular la historia medieval de Francia. De hecho, en su artículo observaba que la preponderancia de la oralidad en las trincheras configuraba un escenario que daba “la impresión de devolvernos a un pasado muy remoto”.¹⁰ El propio Ginzburg, en la introducción a la edición italiana de *Los reyes taumaturgos*, trazó una conexión entre aquel libro y el artículo de 1921,

⁹ Bloch, “Réflexions d’un historien sur les fausses nouvelles de la guerre”, p. 17.

¹⁰ Bloch, “Réflexions d’un historien sur les fausses nouvelles de la guerre”, p. 33.

algo distantes en sus objetos de estudio, pero aunados mediante unas preguntas de investigación suscitadas por la experiencia bélica. En la mirada de Ginzburg, la mezcla de irracionalidad y barbarie de la Primera Guerra se le había presentado a Bloch como una especie de “regresión arcaica”, como el sorprendente resurgimiento de la mentalidad de una “sociedad casi medieval”.¹¹

Ambos textos estaban profundamente conectados por una preocupación sobre lo irracional, el error colectivo y la creencia como problemas históricos. En esa clave deben entenderse las dudas de Bloch sobre el subtítulo de su libro: “si no temiera hacer más pesado aún un encabezamiento ya demasiado largo [*Los reyes taumaturgos. Estudio sobre el carácter sobrenatural atribuido al poder real, particularmente en Francia e Inglaterra*], le habría dado a este libro un segundo subtítulo: ‘Historia de un milagro’”, afirmaba en la introducción.¹² A lo largo del libro, Bloch postularía dos ideas fundamentales: por un lado, la centralidad de la predisposición a creer (lo “que creó la fe en el milagro –de la cura de las escrófulas– fue la idea de que debía tratarse de un milagro”); y, por el otro, el famoso sintagma formulado en la conclusión (“difícil ver en la fe en el milagro real otra cosa que el resultado de un error colectivo”).¹³ Más que manipuladores cínicos, que individualmente se aprovechaban de la credulidad de las masas, había aquí un énfasis en lo social como un “caldo de cultivo” propicio para la creencia.

En el libro tercero de esta obra, dedicado a la “interpretación crítica del milagro real”, Bloch se refería a la necesidad de comprender esa “experiencia crucial” que subyace a la “psicología del milagro”.¹⁴ Allí aludía al hecho de que los pensadores renacentistas, quienes formularon los primeros intentos de

¹¹ Carlo Ginzburg, “Prólogo a la edición italiana de *I re taumaturghi* de Marc Bloch”, *Argumentos*, n° 26, 1997. También incluido en Ginzburg, *Cinco reflexiones sobre Marc Bloch*.

¹² Marc Bloch, *Los reyes taumaturgos. Estudio sobre el carácter sobrenatural atribuido al poder real, particularmente en Francia e Inglaterra*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006, p. 86.

¹³ Marc Bloch, *Los reyes taumaturgos...*, pp. 526-527. Esta cita y las siguientes de la misma obra fueron cotejadas y corregidas a partir del original en francés de 1924.

¹⁴ *Ibid.*, p. 506.

interpretación racional de los fenómenos milagrosos, “no podían evaluar la fuerza de las ilusiones colectivas”, que después de la traumática vivencia de la Gran Guerra se habían convertido en un dato ineludible. Ahora, afirmaba Bloch, “comprendemos mejor su impresionante potencia”.¹⁵

Lo que explicaba esa potencia o, como decía en el texto sobre las noticias falsas, esa “singular fuerza de los sentimientos”, era aquel caldo de cultivo que “llevaba a los espíritus a tener esa expectativa”, creando una predisposición a creer y a sentir. Frente a la tesis de la manipulación de un público ingenuo, que colocaba todo el peso explicativo en el receptor del mensaje, considerado como un agente casi pasivo, sin agencia ni intervención activa en el circuito de producción y difusión de las noticias falsas, Bloch construía una interpretación alternativa en diálogo con la psicología social y la sociología de su época: “en el origen [de las noticias falsas] encontramos un estado de ánimo colectivo”.¹⁶ Para dar cuenta de ese desplazamiento analítico, es fundamental la idea de la predisposición a creer en ciertas noticias, rumores o leyendas. En numerosos pasajes de su obra, Bloch hacía alusión a esas “disposiciones emotivas” que formaban parte del núcleo duro de cualquier creencia:

[...] una noticia falsa nace siempre de representaciones colectivas que preexisten a su nacimiento; solo en apariencia es fortuita, o, más precisamente, lo único fortuito en ella es el incidente inicial, absolutamente cualquiera, que desencadena el trabajo de las imaginaciones. Pero esta puesta en marcha solo tiene lugar porque las imaginaciones ya están preparadas y fermentan sordamente. Un acontecimiento, una percepción errónea, por ejemplo, que no fuera en la dirección hacia la que ya se inclinan los espíritus de todos, podría, a lo sumo, dar origen a un error individual, pero no a una noticia falsa popular y ampliamente difundida. Si se me permite utilizar un término al que los sociólogos han dado un valor, a mi juicio, demasiado metafísico, pero que es cómodo y, después de

todo, rico en significado, la noticia falsa es el espejo en el que la “conciencia colectiva” contempla su propio rostro.¹⁷

Los sociólogos a los que se refería aquí eran los discípulos de Émile Durkheim, fallecido en 1917, a quienes Marc Bloch y su colega Lucien Febvre habían conocido en la Universidad de Estrasburgo, reorganizada tras el fin de la Gran Guerra como vitrina y bastión de la cultura francesa de cara a la Alemania vencida.¹⁸ Pese a la crítica, tempranamente explicitada, sobre una concepción de la conciencia colectiva que veía como abstracción “metafísica” –a la vera de transformarse en constante antropológica y, por lo tanto, ahistórica– la insistencia durkheimiana en buscar explicaciones colectivas a los problemas de investigación social y la valorización de la creencia como elemento central de la vida en sociedad representaban para Bloch una suerte de antídoto contra la tesis de la manipulación de las masas, cuya vigencia ganaba contornos cada vez más reaccionarios.

La obra de Durkheim permitía desplazar el peso explicativo desde el manipulador (el famoso *meneur* al que se refiere Carlo Ginzburg en el texto incluido en este número de *Prismas*) hacia los esquemas de percepción y de sentimiento. Esa estructura de disposiciones que, mucho más tarde –y *mutatis mutandis*– la sociología francesa consagraría con el nombre de *habitus*, ocupaba aquí un lugar central para definir aquello que los sujetos piensan, sienten, observan, escuchan, creen y perciben.

No había otra cosa sino “un trabajo de interpretación inseparable de la propia percepción”, escribía Bloch, por detrás de un célebre rumor de la guerra: que los alemanes habían urdido una red de espías extendida por toda Francia. Al parecer, este rumor se había originado en una confusión sobre un soldado alemán, burgués de la ciudad de Bremen, detenido luego de un enfrentamiento. Un supuesto error de comprensión lingüística terminó convirtiéndolo en un espía establecido en la región francesa de Braine.¹⁹ Esa

¹⁷ *Ibid.*, p. 31.

¹⁸ Robert Colbert Rhodes, “Émile Durkheim and the Historical Thought of Marc Bloch”, *Theory and Society*, vol. v, n° 1, 1978.

¹⁹ Bloch, “Réflexions d’un historien sur les fausses nouvelles de la guerre”, pp. 29-30.

¹⁵ *Ibid.*, p. 517.

¹⁶ Bloch, “Réflexions d’un historien sur les fausses nouvelles de la guerre”, p. 26.

transmutación, de la que el propio Bloch fue testigo como soldado, exigía para el historiador una explicación alternativa a la del mero error individual. Todo remitía a una predisposición colectiva para escuchar lo que se escuchó y para creer en lo que trascendió: “si se oyó Braisne en lugar de Bremen”, afirmaba Bloch, seguramente fue porque muchos soldados “tendían, de manera inconsciente, a deformar todos los relatos que llegaban a sus oídos para hacerlos concordar con una opinión generalmente aceptada, que halagaba la imaginación romántica de las multitudes”.²⁰

3.

En los años de entreguerras, estas ideas sobre la predisposición a creer y el caldo de cultivo favorable al desarrollo del rumor tuvieron una gran centralidad en la reseña que Lucien Febvre hizo de la obra de Georges Lefebvre de 1932, situando la indagación sobre lo falso en el centro de la interpretación sobre el Gran Miedo. En esa obra clave de uno de los mayores especialistas de la vida campesina durante la Revolución francesa, se reconstruían los circuitos de propagación de las noticias sobre el “complot aristocrático” y el “temor a los bandidos” que dieron forma a los pánicos de julio de 1789.²¹ Para Lucien Febvre, su colega de *Annales* había tratado al Gran Miedo como “una gigantesca noticia falsa”.²²

Mediante un exhaustivo trabajo con fuentes documentales de la Francia rural, Lefebvre había cuestionado la idea del Gran Miedo como un fenómeno único, con corrientes difundidas desde la ciudad capital hacia el interior del país, y postulaba la existencia de diferentes “corrientes” en direcciones más bien caprichosas. No todas las líneas de propagación de rumores estaban conectadas entre sí y cada una de las oleadas de temores tenía su especificidad, su temporalidad y su trama. Al refutar la idea de un fenómeno informativo único, simultáneo y generalizado, el autor buscaba deconstruir la interpretación de una conspiración orquestada en París.

²⁰ *Ibid.*, p. 31.

²¹ Georges Lefebvre, *La Revolución francesa y los campesinos. El gran pánico de 1789*, Buenos Aires, Paidós, 1974.

²² Lucien Febvre, “Une gigantesque fausse nouvelle: La Grande Peur de juillet 89”, *Revue de Synthèse*, vol. v, n° 1, febrero de 1933.

La operación historiográfica de Lefebvre sustituía la búsqueda de las causas y de los autores de la manipulación en favor de una reconstrucción de los circuitos materiales de la difusión de las informaciones y de los vectores de la transmisión oral. Como en el texto de Bloch sobre las noticias falsas, el foco del análisis estaba puesto en la oralidad, una forma de comunicación predominante en la inmensa mayoría del pueblo francés, que no sabía leer e incluso desconocía la lengua nacional. Es justamente a propósito de esta dimensión fundamental que Lefebvre formula la frase que luego Lucien Febvre elegiría para titular la reseña del libro:

[...] para el gobierno y para la aristocracia, esa forma de transmisión [oral] era más peligrosa que la libertad de prensa; no solo favorecía la multiplicación de noticias falsas, la deformación y el abultamiento de los hechos y la germinación de leyendas [...] En el gran silencio que reinaba en las provincias, el menor relato tenía una extraordinaria resonancia y se convertía en Evangelio. Finalmente, el rumor llegaba a oídos de un periodista que, al imprimirlo, le confería una nueva fuerza [...] Y en verdad, ¿qué es el Gran Miedo sino una gigantesca “noticia falsa”? El objeto de este libro es explicar por qué pareció digna de crédito.²³

Esta cita contiene algunos elementos cardinales, tales como la afirmación de la primacía de la oralidad sobre la cultura escrita que ya había aparecido en la interpretación de Bloch de las noticias falsas en la Gran Guerra, también asociada a una pregunta acerca de los vectores de transmisión oral. En un notable movimiento hacia la historia social —o lo que el propio Lefebvre denominaría una “historia vista de abajo”— Bloch tomaba distancia de la preocupación por el militar inescrupuloso que sembraba noticias falsas o por el periodista que aceptaba imprimirlas en letras de molde:

Conocí durante la otra guerra —decía— a un veterinario bonachón que, no sin cierta razón, se negaba sistemáticamente a dar crédito a las noticias de los periódicos. Pero bastaba con que un compañero ocasional vertiera en su oído

²³ Lefebvre, *La Revolución francesa y los campesinos...*, p. 103.

atento los rumores más disparatados para que mi hombre se los tragara como si nada.²⁴

Que este hombre los tragara, y también los hiciera circular: esa preocupación por los vectores subterráneos de la propagación de noticias, por las conversaciones que los soldados encargados del avituallamiento llevaban y traían desde las cocinas o que circulaban entre las enfermerías y el frente, reaparece en la relectura que Lefebvre hace del Gran Miedo: en última instancia, las noticias falsas eran impresas en los periódicos como consecuencia de los rumores orales, y no al revés. Desde una anciana que temía a una horda de bandidos rurales o un marinero que anunciaba la inminente invasión de piratas por el Mediterráneo, las corrientes de pánico eran explicadas por la intervención capilar de una multiplicidad de agentes que daban rostro humano al caldo de cultivo. Este desplazamiento del líder manipulador hacia el mosaico polifónico de vectores de transmisión tuvo continuidad en los estudios históricos sobre la proliferación de rumores en la era de las “revoluciones atlánticas”.²⁵

Por otra parte, Lefebvre reemplazaría la búsqueda del origen del rumor por una pregunta sobre la creencia en la información, pero agregando un elemento más. Para este autor, nunca se trataba de un acto fiduciario depositado en el mero contenido de la noticia, sino que involucraba un conjunto de dimensiones adicionales como la confianza en los canales de comunicación y en la manera como el rumor era propagado. En su libro, las ideas de la lenta “fermentación” de una mentalidad colectiva y de la predisposición a creer en determinados rumores se asociaban directamente al papel de los vectores de la comunicación:

²⁴ Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio del historiador*, edición anotada por Étienne Bloch, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 97.

²⁵ La historiografía que retoma la propuesta pionera de *Annales* sobre la transmisión subterránea de noticias falsas y rumores es vasta, pero puede consultarse: Julius Scott, *El viento común. Corrientes afroamericanas en la era de la Revolución haitiana* [original inglés de 1986], Madrid, *Traficantes de sueños*, 2021; Steven Hahn, “Extravagant Expectations of Freedom: Rumour, Political Struggle, and the Christmas Insurrection Scare of 1865 in the American South”, *Past & Present*, n° 157, 1997; François Ploux, *De bouche à oreille. Naissance et propagation des rumeurs dans la France du XIX^e siècle*, París, Aubier, 2003; y Robert Darnton, *Poetry and the Police: Communication Networks in Eighteenth-Century Paris*, Cambridge, Harvard University Press, 2010.

Es posible que algunos comentarios irresponsables de los cortesanos, escuchados al vuelo por los sirvientes, difundidos y deformados al pasar de boca en boca, hayan envenenado los ánimos. “Si no tienen pan, que coman tortas”: no hay prueba que la reina haya hablado así, pero no sería difícil que un cortesano hubiera dicho la frase sin tomarla en serio.²⁶

El argumento de Lefebvre giraba alrededor de la fuerza de la “autosugestión”, entendida como un fenómeno sociológico y no del orden de la psicología individual. Como en la confusión entre las ciudades de Bremen y Braisne, durante el Gran Miedo de 1789 cualquier signo podía ser percibido como un indicio de una invasión de bandidos que, de hecho, ya se esperaba de antemano. No llama la atención, entonces, que Lucien Febvre, en la reseña de este libro, lo conectara a la obra de Bloch a través del concepto de *fausse nouvelle*. Además de considerarla una obra sobre una “gigantesca noticia falsa”, la veía como una contribución fundamental para el “historiador preocupado por la psicología colectiva”, puesto que el estudio de los rumores y de las leyendas permitía comprender la “conciencia colectiva de una sociedad convulsionada”. En la visión del reseñista, Bloch y Lefebvre coincidían en la búsqueda de una explicación racional de lo irracional: “una fermentación latente de los espíritus, un trabajo subterráneo de la imaginación en torno a cierto número de temas simples” estaba en la base de la proliferación de falsedades y fueron las “condiciones primordiales para el florecimiento de leyendas”.²⁷

Lucien Febvre hacía un llamado a continuar estas indagaciones de la “psicología del testimonio” y a promover estudios “verdaderamente históricos de la multitud revolucionaria”.²⁸ Con la referencia al concepto de multitud, dejaba aún más clara la intención polémica contra la teoría de las muchedumbres revoltosas como un conjunto de sujetos violentos

²⁶ Lefebvre, *La Revolución francesa y los campesinos...*, p. 41. Véase, en la misma clave, pp. 58-59.

²⁷ Febvre, “Une gigantesque fausse nouvelle...”, p. 14.

²⁸ *Ibid.*, p. 15. Esta clave de lectura fue, de hecho, recuperada por diversos historiadores sociales, principalmente por la obra de George Rudé, *La multitud en la historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra, 1730-1848*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971.

e irracionales, infantilizados y manipulados por sus líderes. El *best-seller* finisecular de Gustave Le Bon (y otras obras contemporáneas como *La folla delinquente* del criminólogo italiano Scipio Sighele) eran el punto de llegada de una larga tradición nacida en los años posteriores a la Revolución francesa, y presente en la obra de Edmund Burke sobre la masa sediciosa como una “banda de asesinos”. Cuando Bloch participó como soldado en la Gran Guerra, no hacía mucho que el propio Le Bon había publicado *La Révolution française et la psychologie des révolutions* (1912), mostrando la persistencia de esa mirada, que los historiadores de *Annales* enfrentarían desde una perspectiva renovadora.

4.

En su libro póstumo e inconcluso, *Apología para la historia*, Marc Bloch regresaría a la cuestión de lo falso como objeto de la historia, no por acaso dentro del capítulo sobre el “método crítico”, pues conectaría esta cuestión, una vez más, con el problema del testimonio. Allí, escribía: “hasta los policías más ingenuos saben que no se debe creer sin más a los testigos”.²⁹ En aquellas páginas, ensayadas en los tiempos sombríos de la ocupación de Francia, Bloch volvía sobre sus recuerdos de la Primera Guerra para explicar que no debía dudarse por la duda misma, ya que el escepticismo podía ser una actitud intelectual tan simplista como la credulidad. Para Bloch, el método crítico en el oficio del historiador (es decir, la crítica del testimonio) tenía largas raíces en las ciencias humanas modernas. No se trataba de una “metodología” en el sentido de un “libro de recetas”, aclaraba: “seguiré siendo siempre un arte de la sensibilidad”; pero “un arte racional, que descansa en la práctica metódica de algunas grandes operaciones del espíritu”.³⁰

El manuscrito de Bloch incluía un apartado, que los editores titularon “En busca de la mentira y del error”, donde ofrecía algunas pistas sobre esas operaciones del espíritu: la indagación erudita y paleográfica de los textos era una de ellas. En su taller, el historiador trabaja con todo

tipo de materiales, incluidas las imposturas documentales, los fraudes sobre el autor, la fecha y el contenido, así como las “falsificaciones en el sentido jurídico del término”.³¹ Bloch aludía, entonces, a los documentos de Galileo y Pascal fraguados a mediados del siglo XIX por Vrain-Lucas y a las cartas falsas de María Antonieta fabricadas a finales de ese siglo. Pero lo hacía para establecer, una vez más, una línea de demarcación entre el oficio del historiador y la tarea del criminalista, el policía o el detective que busca demostrar la falsedad, detener o juzgar al falsificador: “No basta con constatar el fraude –observaba–, es preciso también revelar sus motivos”.³² Es interesante que en la primera redacción, tachada después por Marc Bloch, el autor añadía que, en ese tipo de testimonios, la falsificación “expresa una mentalidad; informa sobre las circunstancias que la inspiraron”, dejando aún más claro a qué se refería con la búsqueda de motivos. Del mismo modo, para Bloch, había algo que el historiador debía tomar en serio en las noticias falsas: su verosimilitud y su credibilidad en el seno de la sociedad que le da forma al error colectivo.

De esa manera, en los papeles que escribió en los últimos años de su vida, en medio de la Segunda Guerra Mundial, Bloch retomaba los argumentos del texto producido después de la experiencia de la conflagración anterior: “para que el error de un testigo se convierta en el de muchos hombres, para que una información mal elaborada se transforme en un falso rumor” era preciso mucho más de una equivocación individual; se necesitaba “que la situación de la sociedad favorezca esa difusión”. Y eso era lo que había sucedido en la sociedad de trincheras de la Gran Guerra, donde ya “nadie creía en los periódicos; tampoco en las cartas”, porque llegaban de manera muy irregular, y se sabían muy vigiladas. De ese magma social salía la suerte de “regresión arcaica” apuntada por Ginzburg, esa potencia de las ilusiones alimentada por la “renovación prodigiosa de la tradición oral, antigua madre de las leyendas y los mitos”.³³

³¹ *Ibid.*, p. 105.

³² Bloch, *Apología para la historia*, p. 107.

³³ *Ibid.*, p. 117. Véase también Stéphane Audoin-Rouzeau, “La notion de ‘bourrage de crâne’ en 1914-1918: quelques éléments pour une remise en cause”, *Bulletin du Centre d’histoire de la France contemporaine*, n° 8, 1987.

²⁹ Bloch, *Apología para la historia*, p. 97.

³⁰ *Ibid.*, p. 120.

Tal como anunció en diversas ocasiones, Carlo Ginzburg nunca interrumpió esta “conversación imaginaria” con Marc Bloch, que aún requiere de un estudio profundo. La frecuente asociación de su nombre al “paradigma indiciario”, con el trazado de un paralelo entre los oficios del detective y del historiador, puede ser, en tal sentido, un poco engañosa. Es una analogía útil en la medida en que exponga su límite: en su tarea, el historiador no se preocupa tanto por el hacedor de la falsificación, sino por la eficacia social de las falsedades. La pregunta crucial de la historia es sobre los sentidos de lo falso que pasa por verdadero, por sus efectos de verdad, sin caer en el “irracionalismo estetizante” que denunciaba en *El queso y los gusanos*.

Siguiendo el hilo de los escritos de Bloch, Ginzburg invita a tomar en serio el estudio histórico de leyendas, mitos, rumores y mentiras sin borrar la frontera entre lo verdadero y lo falso. Afirmar que las noticias falsas tienen

efectos sobre lo real no significa considerar que, al estudiarlas, lo único que interese sea corroborar su eficacia, sin pronunciarse sobre sus visos de autenticidad. La historia de las noticias falsas no trata a lo falso como verdadero por el simple hecho de que ambos sean relatos que requieren una forma narrativa para su inteligibilidad. No basta con proclamar la frontera elástica entre la representación ficcional y la representación factual de la realidad a la manera de Hayden White, es decir, como relatos posibles del pasado. “Los historiadores –responderá Ginzburg– hacen por oficio algo propio de la vida de todos: desenredar el entramado de lo verdadero, lo falso y lo ficticio que es la urdimbre de nuestro estar en el mundo”.³⁴ □

³⁴ Carlo Ginzburg, *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso y lo ficticio*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010, p. 18.